

## EL MARXISMO Y EL CRISTIANISMO

(APUNTES DE UNA CONFERENCIA)

POR

MIGUEL PORADOWSKI

1. El «marxismo» de Marx es formulado en relación con el cristianismo; si no hubiera existido el cristianismo, probablemente tampoco hubiera aparecido el marxismo. El marxismo no aparece como un pensamiento en sí mismo, independientemente del cristianismo, sino como respuesta al cristianismo, como una radical refutación del cristianismo, como su antítesis. No se puede llegar a comprender el marxismo sin tomar en cuenta esta circunstancia; que el marxismo se formula, nace, afirma sólo como repudio del cristianismo. Es un ataque al cristianismo, su refutación, su negación radical, su destrucción; de ahí que el marxismo es una agresión contra el cristianismo. El marxismo no es un pensamiento agnóstico, o ateo, o materialista, es decir, indiferente frente a la religión en general y especialmente frente a la religión cristiana, sino que es una premeditada, pensada, directa agresión contra el cristianismo

2. Siendo el marxismo una refutación del cristianismo, es todo lo contrario que el cristianismo; más todavía, es un «ersatz», un sucedáneo, es lo que pretende reemplazar al cristianismo, lo que pretende colocarse en el lugar del cristianismo, lo que pretende sustituir al cristianismo. El marxismo no solamente quiere destruir el cristianismo, sino que quiere tomar su lugar en la vida de cada hombre, es decir, tomar carácter de religión secularizada, especialmente como la antítesis del cristianismo. Es «satanico azote», pues no solamente quiere destruir la fe verdadera,

la fe cristiana, la fe en Dios, sino tomar el lugar de esta fe verdadera, reemplazarla, colocando en lugar de Dios al hombre mismo, es un tipo de narcisismo diabólico, pues este culto del hombre es solamente un disfraz del culto de Satanás.

3. No hay pues nada de extraño que el pensamiento de Marx sea en realidad un conjunto de dogmas, es decir, de afirmaciones que hay que aceptar no por la vía intelectual, no por razonamiento, sino por fe, por la voluntad. Más todavía, siendo incapaz de imitar al cristianismo y siendo solamente una réplica simiesca del cristianismo, no es capaz de comprometer la razón humana, ni la inteligencia del hombre, tal como lo hace el cristianismo, y por esta razón se presenta en una forma nebulosa, enigmática, «dialéctica», es decir, con un disfraz, fingiendo ser una «filosofía», en circunstancias que no llega ni siquiera a ser una sofística. El marxismo es una ofensa para la razón humana, pues es esencialmente confuso. La misma palabra «dialéctica», tal como usa Marx este término, significa «confusión», «enigma», a lo sumo «misterio» (en realidad no merece ser llamado «misterio», pues por el misterio generalmente entendemos no lo que contradice a lo razonable, a lo inteligible, sino a lo que sobrepasa la capacidad de la razón humana, lo que la razón humana puede conocer pero no completamente, sino sólo hasta algún punto).

4. Lo más característico de la fe cristiana es que ella compromete la inteligencia del hombre, la razón humana, y más todavía, exige este esfuerzo intelectual del hombre, como lo expresó San Agustín: *fides quaerit intellectum; intellectus quaerit fidem*. Incluso, el cristianismo considera que la fe sin este compromiso intelectual no es una fe verdaderamente cristiana y la clasifica como «fideísmo», es decir, una fe defectuosa, insuficiente, que puede tener carácter pecaminoso (flojera intelectual), pues la fe cristiana debería comprometer a toda la persona humana y ante todo a lo que es lo más propio y lo más típico para el hombre, es decir, la razón, el intelecto, sin lo cual tampoco puede

comprometer adecuadamente a la voluntad y al sentimiento, pues tanto la voluntad como el sentimiento en el ser humano deberían ser subordinados a la razón. *Ignoti nulla cupido*: lo que el hombre no conoce (por la razón), no lo desea, no se puede «amar» (humanamente, y no animalmente) sin conocer el objeto de su amor. Pues bien, si lo más característico de la fe cristiana es su vínculo con la razón y el hecho de que es una fe razonable, intelectual, al marxismo lo caracteriza todo lo contrario: el repudio de la razón, el rechazo del intelecto y todavía esta actitud anti-intelectual está disfrazada con la «dialéctica», la cual da al marxismo la apariencia de lo intelectual, pero, en realidad, esta «dialéctica» marxista sólo encubre el vacío intelectual, la falta, la ausencia del intelecto.

5. Si el cristianismo se caracteriza por lo intelectual y, en consecuencia, por la preocupación por la verdad y por el «culto» de la verdad, culto tanto en el sentido de la palabra vulgar, como estricto, pues, siendo Dios la *summa* Verdad, el culto religioso de la Verdad-Cristo-Dios es lo propio del cristianismo, el marxismo, al revés, no solamente no respeta la verdad, sino que la rechaza y la niega categóricamente (la segunda tesis sobre Feuerbach). Negando la existencia de la verdad, el marxismo niega al mismo tiempo la razonabilidad de la vida humana, el sentido de la vida, como también la existencia de Dios.

6. Todo el pensamiento de Marx parece que se puede resumir de la manera siguiente: la sociedad real, histórica, es completamente alienada (anormal, deshumanizada), principalmente por la existencia en ella de la religión, del teocentrismo, de la obsesión (según Marx) del hombre por la idea de Dios; es una sociedad alienada, porque es una sociedad imperfecta; la desalienación significa la elimación de la creencia en Dios, eliminación de la religión, es decir, el paso a la sociedad perfecta, sin religión y, por ende, comunista. La religión aliena y ella misma es el efecto de la alienación económica, pues es el efecto de la existencia de la propiedad privada, la cual genera diferencias entre los hombres, produciendo los grupos distintos y las

clases sociales antagónicas opuestas. La única solución es la revolución radicalmente destructora, universal y permanente, la cual, en la medida en que destruye la sociedad burguesa, por el proceso de la proletarianización, lleva la sociedad al comunismo (una sociedad radicalmente atea y sin propiedad privada). Pues bien, todo eso es radicalmente opuesto al cristianismo, para el cual la sociedad teocéntrica no aliena al hombre, sino al contrario, lo desarrolla, lo perfecciona, lo eleva, dando al hombre la dignidad y el sentido de vida; pues, según el cristianismo, el hombre no es solamente un animal, como pretende Marx, sino un ser razonable, libre, capaz de amar no solamente a sus semejantes, sino incluso a su Creador, pues fue creado para compartir con Dios su felicidad eterna.

La propiedad no es la fuente única y exclusiva de las diferencias entre los hombres y grupos sociales, pues estas diferencias son innatas y en cada sociedad, con propiedad privada o sin ella, estas diferencias existen. Además no son ellas «alienaciones», algo anormal y negativo, sino, al contrario, se presentan como un factor positivo, pues dan mayor riqueza a la vida social. Es fácil imaginarse qué aburrida sería la vida humana en una sociedad compuesta de personas absolutamente iguales; la vida «social» sería prácticamente imposible, pues daría lo mismo conversar con fulano tal o cual, casarse con fulana o zutana, etc. La propiedad privada cristiana, es decir, con función social, no aliena, no deshumaniza, sino al contrario, perfecciona al hombre brindándole la oportunidad de compartir lo suyo con el prójimo, y de esta manera practicar la virtudes, es decir, perfeccionarse.

7. El mismo Marx resume su pensamiento en un esquema que tituló «las tesis sobre Feuerbach» (dos páginas), dando una fórmula muy simplificada, la que se puede reducir a lo siguiente: el materialismo = praxis = revolución = comunismo = ateísmo.

El materialismo de Marx no tiene nada que ver con la «materia», es decir, con el concepto de materia, sino con su definición, según la cual es «*sinnlich menschliche Tätigkeit*» (la

actividad humana sensorial) y se identifica con la «praxis», a su vez, que se identifica con la revolución (universal y permanente), la cual se identifica plenamente con el «comunismo», el cual, según Marx, es una sociedad (dinámica, pues es «praxis» y revolución) perfecta, porque no existe en ella la propiedad privada (la principal fuente de todas las alienaciones) y, por ende, atea (si no fuera atea, no podría ser «perfecta, es decir, comunista»). Así resumido el pensamiento de Marx, por él mismo, se presenta como una radical oposición al cristianismo. Mientras que el cristianismo reconoce como una realidad lo espiritual e incluso le da la prioridad, el marxismo sólo admite la existencia de la materia y del materialismo, lo que excluye no solamente la existencia de Dios, sino también niega la dignidad del hombre y la dignidad de la vida humana como de un ser razonable y libre, es decir, espiritual, dotado de un cuerpo (para siempre, pues una vez destruido por la muerte y descomposición vuelve a ser recuperado, en su forma «gloriosa» en el día de la Resurrección).

8. Para Marx, el hombre es el «conjunto de las relaciones sociales» y carece de naturaleza. Marx sólo a veces habla de la «esencia» humana, la cual no tiene nada que ver con la «naturaleza» humana, como algo esencial, incambiable, eterno. Para Marx el hombre es uno de los animales, siempre en permanente «devenir», según las etapas del desarrollo de la sociedad; el hombre es la parte de la sociedad, una parte «esencial», es decir, que no tiene existencia y «esencia» fuera de la sociedad; la sociedad es lo primero, el hombre es lo segundo, la sociedad es el fin del hombre; el hombre no es nada fuera de la sociedad. Según el cristianismo es todo lo contrario, pues el cristianismo defiende la prioridad del hombre frente a la sociedad, la sociedad es para el hombre y no al revés. Más todavía, el hombre tiene su naturaleza humana, es un ser razonable y libre, esencialmente distinto de los animales, con los cuales sólo comparte la vida corporal, pero diversa a la de aquéllos; lo propio del hombre es lo espiritual: la razón, la voluntad, el sentimiento.

9. Marx, negando gratuitamente lo espiritual y, por ende, la existencia de Dios, quita al hombre su dignidad, pues ésta viene del hecho de que el hombre es creado «a imagen y semejanza de Dios». Esta imagen se refleja en la espiritualidad del hombre, en su naturaleza razonable, libre y capaz de amar espiritualmente no sólo a sus semejantes, sino, ante todo, a Dios. Aquí, de nuevo, el marxismo se opone radicalmente al cristianismo. Para Marx el hombre no tiene otro destino que el terrenal y el de servir a la sociedad; para el cristianismo el destino del hombre es Dios y la eternidad, que consigue por la vida terrenal, dedicada al perfeccionamiento de sí mismo y de la sociedad. Lo esencial en la vida humana y lo que da dignidad y sentido a esta vida, es la vida espiritual, es decir, intelectual, la búsqueda de la verdad y la búsqueda del bien, por la práctica de las virtudes, y no lo que destaca Marx hablando de la «actividad sensorial»: la «actividad sensorial» es lo propio de los animales y no de los seres humanos. El hombre también tiene «actividad sensorial» pero eso no es lo propio y lo típico del hombre, sino del mundo de los animales. La «actividad sensorial humana» (*sinnlich menschliche Tätigkeit*) considerada como única actividad del hombre, degrada al hombre, lo deshumaniza, lo rebaja a la vida exclusivamente animal y, por ende, es la auténtica alienación. En consecuencia no hay nada más alienante que el marxismo.

10. Lo esencial en el marxismo es el concepto de la revolución. Esta revolución está concebida como una radical destrucción violenta de la sociedad histórica. Más todavía, se trata de una revolución universal y permanente. ¿Por qué universal? Porque, para Marx, se trata de la «liberación» del hombre como tal de la alienación religiosa, es decir, esta revolución tiene por finalidad «liberar» al hombre de la creencia en Dios, a cada hombre. Siendo universal es esencialmente agresiva, pues tiene que extenderse a todo el mundo, a todos los países, sin ninguna relación con las situaciones concretas de estos países, si son pobres o ricos, si tienen bienestar o miseria, si hay en ellos un régimen

económico-social justo o injusto, si son «democráticos» o no, etc. Es decir, que la revolución marxista ataca a todos por igual, pues pretende destruir toda la sociedad y todas las sociedades.

Por otra parte, esta revolución, según Marx, es permanente, es decir, es un proceso de cambio violento y destructor sin tregua, sin interrupción, es la permanencia del proceso destructivo, del caos, de la proletarización de toda la sociedad. Por «proletarización» se entiende la eliminación de la institución de la propiedad privada, el paso de la sociedad «burguesa» a la sociedad proletaria, una sociedad compuesta de una sola clase social, el proletariado. Este «proletariado» de Marx no tiene nada que ver con el proletariado del siglo XIX, es decir, con la clase obrera sin propiedad y sin suficientes medios de existencia, sino que se refiere a la reducción de todos los grupos sociales, de todas las clases sociales a la situación de los proletarios como personas sin propiedad privada, la cual a todos es arrebatada, sea por el mismo proceso revolucionario destructivo, sea por la legislación correspondiente.

11. Sin embargo, el concepto de la revolución «permanente» tiene también otro sentido, a saber, se trata de un proceso infinito del cambio destructor, es el estado de un caos que nunca acaba, es la permanente destrucción diabólica, tiene, pues, sus dimensiones metafísicas. Marx fingía ser ateo y materialista; en realidad fue satanista, y no se puede ser satanista siendo ateo y materialista. Su ateísmo y materialismo fueron solamente de fachada. Lo que buscaba era hacer perder la fe a los creyentes para separarlos de Dios aquí en la tierra y, ante todo, separarlos de El para siempre en la eternidad, entregándolos, engañados, en las manos de Satanás. De ahí que el marxismo es lo anticristiano, lo opuesto al amor del hombre que busca la felicidad del hombre aquí en la tierra y, ante todo, en la eternidad. Marx odia al hombre y le desea (a cada hombre) el infierno, el infierno en la tierra, por la vida en una sociedad sin Dios, sin moral, sin amor, y el infierno en la eternidad. El cristianismo, al con-

trario, ama al hombre, le desea felicidad aquí, en la tierra y, ante todo, la felicidad eterna en el Cielo con Dios.

12. El pretendido «comunismo» de Marx como una sociedad ideal, sin propiedad y, por ende, sin clases sociales, en la cual «cada uno va a recibir según sus necesidades» es una cruel burla, pues este principio es, en el plano material, una utopía; es decir, lo irrealizable. Se promete lo que se sabe que no se puede cumplir; es un engaño, una «gran estafa» (usando el título de uno de los libros de Eudocio Ravines). Es la radical secularización del Reino de Dios, el Reino de los Cielos, predicado por Cristo y plenamente realizable en la eternidad, pues sólo en el Reino de los Cielos, en el Reino de la plenitud de la vida espiritual, Dios, por ser omnipotente, puede dar a cada cual según sus necesidades y sólo Dios, por ser omnipotente, puede saber cuáles son estas necesidades de cada uno. Prometer aquí, en la tierra, una sociedad en la cual «cada uno va a recibir según sus necesidades», es una cruel y dolorosa burla.

13. Sin embargo, esta revolución marxista no se limita a lo «dialéctico», a lo abstracto, a lo nebuloso y confuso, pues tiene también su lado muy real y práctico, lo que Marx calla en sus «tesis sobre Feuerbach», pero que trata concretamente en los estatutos del Partido Comunista, elaborados en el año 1850. En esta ocasión, colaborando con el grupo revolucionario de los «blanquistas», asimila la doctrina blanquista sobre la revolución, una doctrina muy práctica y muy operante, parcialmente ya elaborada por Babeuf al final de la Revolución francesa y desarrollada por los «blanquistas». Se trata del aspecto sociológico de la revolución, como un proceso violento de cambio de la sociedad, el cual tiene que pasar por las cuatro etapas, a saber: burguesa, democrática, socialista y proletaria. La revolución de Marx incorpora la doctrina blanquista de las cuatro etapas.

La etapa «burguesa» consiste en la toma del poder por la burguesía, donde este poder todavía está en las manos de los terratenientes, que representan la estructura feudal y agraria. Sin embargo, significa también mucho más, pues se trata de que la



burguesía, una vez instalada en el poder, debería acabar con todo el pasado, con todos los valores de la sociedad anterior, destruir todo el pasado, no dejar nada de la cultura anterior. No hay que olvidarse que se trata de la etapa burguesa de la revolución; la toma del poder por la burguesía sólo tiene la finalidad de permitir la destrucción del pasado con las fuerzas de la burguesía, para permitir la segunda etapa, la «democrática», también concebida sólo como una etapa dentro del proceso permanente revolucionario, una etapa en la cual se impone un régimen de tolerancia de todos los partidos políticos, también revolucionarios, marxistas y comunistas, lo que favorece la actividad subversiva, infiltración marxista-comunista en todos los ambientes e instituciones y que lleva al gobierno de los partidos de izquierda, permitiendo el paso a la etapa siguiente, la «socialista», es decir, la que estataliza todo, suprimiendo la propiedad privada, primero de los bienes de producción y, después, de los bienes de consumo (la «racionalización» con tarjetas), proletarizando toda la sociedad y llevando la revolución a la etapa «proletaria», es decir, de la «dictadura del proletariado», la cual, en realidad, no es del proletariado, sino de los «revolucionarios profesionales» que actúan en nombre del proletariado y que gobiernan de tal manera que toda la sociedad se proletariza: todos llegan a ser proletarios, pues nadie tiene propiedad privada, ni vida privada, formando una sola clase social, la de los proletariados, es decir, se pasa al comunismo: una sociedad sin clases, sólo los proletarios y sus amos, los revolucionarios profesionales, como gobernantes. Marx estaba bien convencido de que esta revolución sólo es realizable con el terror y que los «revolucionarios, es decir, se pasa al comunismo: una sociedad sin clases, terror total, permanente e institucionalizado, lo que, durante su vida, nunca se realizó, pero sí es una realidad hoy día en la Unión Soviética y en todos los otros países dominados por el comunismo marxista; es decir, un gran Gulag, que debería extenderse a todo el mundo; una sociedad de esclavos, del odio, de la miseria y opresión, una caricatura satánica del Reino de Dios, un anticristianismo total y consecuente.